

Selección de artículos de
LE MONDE
diplomatique

Memorias y desmemorias

Fundaciones

Los diablos del diablo

Elogio del sentido común

Enigmas

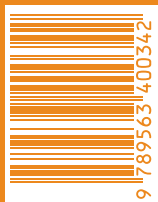
Una industria canibal

Doctor... No puedo dormir

Una contradicción llamada Uruguay

El poeta que busca y espera

Palabras para olvidar el olvido



www.editorialauncreemos.cl
www.lemondediplomatique.cl

Selección de artículos de
LE MONDE
diplomatique

Artículos publicados en Le Monde Diplomatique

EDUARDO GALEANO

Palabras para olvidar el olvido y otros textos...

EDUARDO GALEANO

Este libro recopila los artículos de Eduardo Galeano publicados en *Le Monde Diplomatique* desde 1997. Eduardo Galeano, escritor y periodista, nació el 3 de septiembre de 1940 en Montevideo, Uruguay.

Eduardo Galeano es autor de numerosos libros, publicados por Siglo veintiuno editores, entre ellos:

Las venas abiertas de América Latina

Espejos

Las palabras andantes

Bocas del tiempo

Memoria del fuego I, II y III

Patas arriba

El libro de los abrazos

Días y noches de amor y de guerra

Ser como ellos

Nosotros decimos no

Vagamundo

La canción de nosotros

El fútbol a sol y sombra

Los hijos de los días

© 2012, Editorial AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS

La editorial AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS

publica la edición chilena de *Le Monde Diplomatique*.

Director: Víctor Hugo de la Fuente

Suscripciones y venta de ejemplares:

San Antonio 434 Local 14 - Santiago.

Teléfono: (56 2) 664 20 50

Fax: (56 2) 638 17 23

E-mail: edicion.chile@lemondediplomatique.cl

www.editorialauncreemos.cl

www.lemondediplomatique.cl

Diseño: Cristián Escobar

Copyright 2012 Editorial AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS.

ISBN: 978-956-340-034-2

ÍNDICE

Memorias y desmemorias	5
Fundaciones	11
Los diablos del diablo	17
Elogio del sentido común	25
Enigmas	29
Una industria canibal	33
Doctor... No puedo dormir	37
Una contradicción llamada Uruguay	43
El poeta que busca y espera	47
Palabras para olvidar el olvido	51

Memorias y desmemorias

por Eduardo Galeano

“Hasta que los leones tengan sus propios historiadores, las historias de cacería seguirán glorificando al cazador”.
(Proverbio africano)

La memoria del poder no recuerda: bendice. Ella justifica la perpetuación del privilegio por derecho de herencia, otorga impunidad a los crímenes de los que mandan y proporciona coartadas a su discurso, que miente con admirable sinceridad.

La memoria de pocos se impone como memoria de todos. Pero este reflector, que ilumina las cumbres, deja la base en la oscuridad. Los que no son ricos, ni blancos, ni machos, ni militares, rara vez actúan en la historia oficial de América Latina: más bien integran la escenografía, como los extras de Hollywood. Son los invisibles de siempre, que en vano buscan sus caras en este espejo obligatorio. Ellos no están. La memoria del poder sólo escucha las voces que repiten la aburrida letanía de su propia sacralización. “Los que no tienen voz” son los que más voz tienen, pero llevan siglos obligados al silencio, y a veces da la impresión de que se han acostumbrado. El elitismo, el racismo, el machismo y el militarismo, que nos impiden ser, también nos impiden recordar. Se enana la memoria colectiva, mutilada de lo mejor de sí, y se pone al servicio de las ceremonias de autoelogio de los mandones que en el mundo son.

La memoria rota

Que la fortuna se ha hecho titiritera y tan pronto te muestra un país como lo oculta (Abú Bakr b. Sárim, poeta de Sevilla, siglo XIII).

La cultura de consumo, que exige comprar, condena todo lo que vende al desuso inmediato: las cosas envejecen en un parpadeo, para ser reemplazadas por otras cosas de vida fugaz. El shopping center, templo donde se celebran las misas del consumo, es un buen símbolo de los mensajes dominantes en la época nuestra: existe fuera del tiempo y del espacio, sin edad y sin raíz, y no tiene memoria. Y la televisión es el vehículo donde esos mensajes se irradian de la manera más eficaz.

La tele nos acribilla con imágenes que nacen para ser olvidadas en el acto. Cada imagen sepulta a la imagen anterior y sólo sobrevive hasta la imagen siguiente. Los acontecimientos humanos, convertidos en objeto de consumo, mueren, como las cosas, en el instante en que son usados. Cada noticia está divorciada de su propio pasado y divorciada del pasado de las demás. En la era del zapping, no se sabe si cuanto más nos informamos, más conocemos o más ignoramos.

Los medios de comunicación y los centros de educación no suelen contribuir mucho, que digamos, a la integración de la realidad y su memoria. La cultura de consumo, cultura del desvínculo, nos adiestra para creer que las cosas ocurren porque sí. Incapaz de reconocer sus orígenes, el tiempo presente proyecta el futuro como su propia repetición, mañana es otro nombre de hoy: la organización desigual del mundo, que humilla a la condición humana, pertenece al orden eterno, y la injusticia es una fatalidad que estamos obligados a aceptar o aceptar.

El poder no admite más raíces que las que necesita para proporcionar coartadas a sus crímenes; la impunidad exige la desmemoria. Hay países y personas exitosas y hay países y personas fracasadas, porque la vida es un sistema de recompensas y castigos que premia a los eficientes y castiga a los inútiles. Para que las infamias puedan ser convertidas en hazañas, hay que romper la memoria: la memoria del norte se divorcia de la memoria del sur, la acumulación se desvincula del vaciamiento, la opulencia no tiene nada que ver con el despojo. La memoria rota nos hace creer que la riqueza es inocente de la pobreza y que la desgracia no paga, desde hace siglos o milenios, el precio de la gracia. Y nos hace creer que estamos condenados a la resignación.

La memoria quemada

Para que el demonio no pueda continuar ejerciendo sus engaños (Del arzobispo de Lima, que en 1614 mandó quemar todas las quenas y demás instrumentos musicales de los indios).

En 1499, en Granada, el arzobispo Cisneros arrojó a las llamas los libros musulmanes, para reducir a cenizas ocho siglos de historia escrita de la cultura islámica en España.

En 1562, en Mani de Yucatán, fray Diego de Landa arrojó a las llamas los libros mayas, para reducir a cenizas ocho siglos de historia escrita de la cultura indígena en América.

En 1888, en Río de Janeiro, el emperador Pedro II arrojó a las llamas la documentación sobre la esclavitud en Brasil, para reducir a cenizas tres siglos y medio de historia escrita de la infamia negra.

En 1983, en Buenos Aires, el general Reynaldo Bignone arrojó a las llamas la documentación sobre la guerra sucia de la dictadura militar argentina, para reducir a cenizas ocho años de historia escrita de la infamia carnífera.

En 1995, en la ciudad de Guatemala, el ejército arrojó a las llamas la documentación sobre la guerra sucia de la dictadura militar guatemalteca, para reducir a cenizas cuarenta años de historia escrita de la infamia carnífera.

La memoria porfiada

¿Dónde estaba yo, antes de estar? (Pregunta de un niño de cinco años a la madre, según me contó la madre).

¿La historia se repite? ¿O se repite sólo como penitencia de quienes son incapaces de escucharla? No hay historia muda. Por mucho que la quemen, por mucho que la rompan, por mucho que la mientan, la memoria humana se niega a callarse la boca. El tiempo que fue sigue latiendo, vivo, dentro del tiempo que es, aunque el tiempo que es no lo quiera o no lo sepa.

Los libros y las gentes achicharradas en las hogueras de la Santa Inquisición irradian una obstinada energía, energía de pluralidad y tolerancia, sobre los procesos de cambio de la España de hoy. Las voces de la América precolombina, castigadas voces que hablan de la vida en comunidad y de la comunión con la naturaleza, resuenan muy nuevitas, abriendo brechas en los callejones sin salida de esta América actual. Los brasileños están redescubriendo el más despreciado capítulo de su historia, la resistencia del reino de Palmares,

aquel santuario de libertad donde los esclavos negros fugitivos derrotaron a más de cuarenta embestidas militares a lo largo de un siglo, y en esa perdida memoria están empezando a celebrar el más certero símbolo de dignidad nacional. Los argentinos empiezan a reconocer su mejor símbolo de salud mental en las madres de Plaza de Mayo, que habían sido llamadas locas cuando se negaron a olvidar, y en Guatemala el símbolo de otro país posible ya se llama Rigoberta Menchú, la mujer indígena que desde hace años encabeza el desafío contra la amnesia de los crímenes del terror de Estado.

La mala memoria

Tenía tan mala memoria que se olvidó de que tenía mala memoria y se acordó de todo (Ramón Gómez de la Serna).

La amnesia, dice el poder, es sana. Desde el punto de vista del poder, no sólo estaban y están locas las madres de sus víctimas, sino que también están locos sus propios instrumentos, los verdugos, cuando no pueden dormir a pata suelta, sin otra molestia que los mosquitos del verano. No es mucha la gente que nace con esa incómoda glándula llamada conciencia, que segrega culpa, pero a veces se da: cuando un oficial del ejército argentino, el capitán Scilingo, reveló que no podía dormir sin lexotanil o borrachera desde que había arrojado al mar a treinta prisioneros vivos, sus superiores le recomendaron tratamiento psiquiátrico, porque se había vuelto loco.

El gobierno argentino ha enviado a Europa a más de un oficial nazi, aplicando la extradición por crímenes masivos cometidos hace más de medio siglo, al mismo tiempo que otorgaba impunidad, y aplausos, a los oficiales argentinos que habían cometido crímenes masivos hace un rato nomás. La memoria y la justicia, ¿son lujos que los países latinoamericanos no pueden permitirse? ¿Estamos obligados a vivir en estado de perpetua mentira? El poder identifica a la memoria con el desorden y a la justicia con la venganza. En nombre del orden democrático y de la conciliación nacional, se han dictado leyes de impunidad de los países latinoamericanos que vienen de sufrir dictaduras militares. Esas leyes, que entierran el pasado, destierran la justicia.

Cuando en 1989 se realizó en el Uruguay el plebiscito contra la impunidad, la mayoría de la gente cayó en la trampa de la propaganda oficial, que sembró el pánico bombardeando con amenazas a la opinión pública. Lavado de memoria,

lavado de cerebro: si se castigaban los crímenes de la gente de uniforme, o si simplemente se abría la posibilidad de que semejante cosa ocurriera, la violencia volvería, se repetiría la historia. El olvido era el precio de la paz.

La experiencia dice todo lo contrario. Para que la historia no se repita, hay que recordarla; la impunidad, que premia al delito, estimula al delincuente. Y cuando el delincuente es el Estado, que viola, roba, tortura y mata sin rendir cuentas a nadie, se emite desde el poder una luz verde que autoriza a la sociedad entera a violar, robar, torturar y matar. Y la democracia paga, a la corta o a la larga, las consecuencias.

La impunidad del poder, hija de la mala memoria, es una de las maestras de la Escuela del Crimen. A esa escuela acuden, hoy por hoy, muchos millones de niños latinoamericanos; y el alumnado crece día a día.

La memoria viva

Hermanito, me va a disculpar. Yo quisiera ir con usted, pero tengo mucho que hacer. (En el entierro de Jorge López, en el valle del Bolsón. Palabras de su mejor amigo).

Cuando está de veras viva, la memoria no contempla la historia, sino que invita a hacerla. Más que en los museos, donde la pobre se aburre, la memoria está en el aire que respiramos. Ella, desde el aire, nos respira.

Es contradictoria, como nosotros. Nunca está quieta. Con nosotros, cambia. A medida que van pasando los años, y los años nos van cambiando, va cambiando también nuestro recuerdo de lo vivido, lo visto y lo escuchado. Y a menudo ocurre que ponemos en la memoria lo que en ella queremos encontrar, como suele hacer la policía con los allanamientos. La nostalgia, por ejemplo, que tan gustosa es, y que tan generosamente nos brinda el calorcito de su refugio, es también tramposa: ¿Cuántas veces preferimos el pasado que inventamos al presente que nos desafía y al futuro que nos da miedo?

La memoria viva no nació para ancla. Tiene, más bien, vocación de catapulta. Quiere ser puerto de partida, no de llegada. Ella no reniega de la nostalgia, pero prefiere la esperanza, su peligro, su intemperie. Creyeron los griegos que la memoria es hermana del tiempo y de la mar, y no se equivocaron. ♦

E.G.

Extractos del libro Espejos

Fundaciones

Un nuevo libro de Eduardo Galeano es siempre un acontecimiento. Y una fiesta para el espíritu. Por la calidad de su inimitable estilo literario, argamasa de concisión extrema, de afilado humor y de exquisito lirismo. Y por la agudeza de su mirada crítica, dulcemente implacable, sobre los desvaríos de un mundo patas arriba. El autor confiesa que, en este libro (1), ha sucumbido al deseo de contar algunos episodios de la aventura humana en el mundo, y nos advierte que lo hace “desde el punto de vista de los que no han salido en la foto”. Los extractos seleccionados para nuestra edición por el propio autor lo confirman.

El título de la obra es Espejos. Eduardo Galeano la presenta a sus lectores con las siguientes palabras:

Los espejos están llenos de gente.
Los invisibles nos ven.
Los olvidados nos recuerdan.
Cuando nos vemos, los vemos.
Cuando nos vamos, ¿se van?

Este libro ha sido escrito para que no se vayan.
En estas páginas se unen el pasado y el presente.

**TEXTO PUBLICADO EN LA EDICIÓN CHILENA DE *LE MONDE DIPLOMATIQUE*,
JUNIO DE 2008.**

Renacen los muertos, los anónimos tienen nombre:
los hombres que alzaron los palacios
y los templos de sus amos;
las mujeres, ignoradas por quienes ignoran lo que temen;
el sur y el oriente del mundo,
despreciados por quienes desprecian lo que ignoran;
los muchos mundos que el mundo contiene y esconde;
los pensadores y los sentidores;
los curiosos, condenados por preguntar,
y los rebeldes y los perdedores
y los locos lindos que han sido y son la sal de la tierra.

Fundación de la contaminación

Los pigmeos, que son de cuerpo corto y de memoria larga, recuerdan los tiempos de antes del tiempo, cuando la tierra estaba encima del cielo.

Desde la tierra caía sobre el cielo una lluvia incesante de polvo y de basura, que ensuciaba la casa de los dioses y les envenenaba la comida.

Los dioses llevaban una eternidad soportando esa descarga mugrienta, cuando se les acabó la paciencia.

Enviaron un rayo, que partió la tierra en dos. Y a través de la tierra abierta lanzaron hacia lo alto el sol, la luna y las estrellas, y por ese camino subieron ellos también. Y allá arriba, lejos de nosotros, a salvo de nosotros, los dioses fundaron su nuevo reino.

Desde entonces, estamos abajo.

Fundación de Hollywood

Cabalgan los enmascarados, túnicas blancas, blancas cruces, antorchas en alto: los negros, hambrientos de blancas doncellas, tiemblan ante estos jinetes vengadores de la virtud de las damas y el honor de los caballeros.

En pleno auge de los linchamientos, la película de D. W. Griffith, *El nacimiento de una nación*, eleva su himno de alabanza al Ku Klux Klan.

Ésta es la primera superproducción de Hollywood y el mayor éxito de taquilla de todos los años del cine mudo. Es, también, la primera película estrenada en la Casa Blanca. El presidente, Woodrow Wilson, la aplaude de pie. La aplaude, se aplaude: este abanderado de la libertad es el autor de los principales textos que acompañan las épicas imágenes.

Las palabras del presidente explican que la emancipación de los esclavos ha sido *un verdadero derrocamiento de la Civilización en el Sur, el Sur blanco bajo los talones del Sur negro*.

Desde entonces, el caos reina, porque los negros *son hombres que ignoran los usos de la autoridad, excepto sus insolencias*.

Pero el presidente enciende la luz de la esperanza: Por fin ha nacido a la vida un gran Ku Klux Klan.

Y hasta Jesús en persona baja del cielo, al fin de la película, para dar su bendición.

Fundación de los cuentos de hadas

A principios del siglo dieciocho, Daniel Defoe, el creador de Robinson Crusoe, escribió algunos ensayos sobre temas de economía y comercio. En uno de sus trabajos más difundidos, Defoe exaltó la función del proteccionismo estatal en el desarrollo de la industria textil británica: si no hubiera sido por los reyes que tanto ayudaron al florecimiento fabril con sus barreras aduaneras y sus impuestos, Inglaterra hubiera seguido siendo una proveedora de lana virgen a la industria extranjera. A partir del crecimiento industrial de Inglaterra, Defoe podía imaginar el mundo del futuro como una inmensa colonia sometida a sus productos.

Después, a medida que el sueño de Defoe se iba haciendo realidad, la potencia imperial fue prohibiendo, por asfixia o a cañonazos, que otros países siguieran su camino.

–Cuando llegó arriba, pateó la escalera –dijo el economista alemán Friedrich List.

Entonces, Inglaterra inventó la libertad de comercio: en nuestros días, los países ricos siguen contando ese cuento a los países pobres, en las noches de insomnio.

Fundación de la belleza

Están allí, pintadas en las paredes y en los techos de las cavernas.

Estas figuras, bisontes, alces, osos, caballos, águilas, mujeres, hombres, no tienen edad. Han nacido hace miles y miles de años, pero nacen de nuevo cada vez que alguien las mira.

¿Cómo pudieron ellos, nuestros remotos abuelos, pintar de tan delicada manera? ¿Cómo pudieron ellos, esos brutos que a mano limpia peleaban contra las bestias, crear figuras tan llenas de gracia? ¿Cómo pudieron ellos dibujar esas líneas

volanderas que escapan de la roca y se van al aire? ¿Cómo pudieron ellos...?

¿O eran ellas?

Fundación del Far West

Los escenarios de las películas del Oeste, donde cada revólver disparaba más balas que una ametralladora, eran pueblitos de morondanga, donde lo único sonoro eran los bostezos y los bostezos duraban mucho más que las parrandas.

Los cowboys, esos taciturnos caballeros, jinetes erguidos que atravesaban el universo rescatando doncellas, eran peones muertos de hambre, sin más compañía femenina que las vacas que arreaban, a través del desierto, arriesgando la vida a cambio de una paga miserable. Y no se parecían ni un poquito a Gary Cooper, ni a John Wayne, ni a Alan Ladd, porque eran negros o mexicanos o blancos desdentados que nunca habían pasado por las manos de una maquilladora.

Y los indios, condenados a trabajar de extras en el papel de malos malísimos, nada tenían que ver con esos débiles mentales, emplumados, pintarrajeados, que no sabían hablar y ululaban en torno de la diligencia acribillada a flechazos.

La gesta del Far West fue el invento de un puñado de empresarios venidos de Europa oriental. Buen ojo para el negocio tenían estos inmigrantes, Laemmle, Fox, Warner, Mayer, Zukor, que en los estudios de Hollywood fabricaron el mito universal más exitoso del siglo veinte.

Fundación del machismo

De un dolor de cabeza, puede nacer una diosa. Atenea brotó de la dolida cabeza de su padre, Zeus, que se abrió para darle nacimiento. Ella fue parida sin madre.

Tiempo después, su voto resultó decisivo en el tribunal de los dioses, cuando el Olimpo tuvo que pronunciar una sentencia difícil.

Para vengar a su papá, Electra y su hermano Orestes habían partido de un hachazo el pescuezo de su mamá.

Las Furias acusaban. Exigían que los asesinos fueran apedreados hasta la muerte, porque es sagrada la vida de una reina y quien mata a la madre no tiene perdón.

Apolo asumió la defensa. Sostuvo que los acusados eran hijos de madre indigna y que la maternidad no tenía la menor

importancia. Una madre, afirmó Apolo, no es más que el surco inerte donde el hombre echa su semilla.

De los trece dioses del jurado, seis votaron por la condena y seis por la absolución.

Atenea decidía el desempate. Ella votó contra la madre que no tuvo y dio vida eterna al poder macho en Atenas.

Fundación del lenguaje

En 1870, al cabo de una guerra de cinco años, el Paraguay fue aniquilado en nombre de la libertad de comercio.

En las ruinas del Paraguay, sobrevivió lo primero: entre tanta muerte, sobrevivió el nacimiento.

Sobrevivió la lengua original, la lengua guaraní, y con ella la certeza de que la palabra es sagrada.

La más antigua de las tradiciones cuenta que en esta tierra cantó la cigarra colorada y cantó el saltamontes verde y cantó la perdiz y entonces cantó el cedro: desde el alma del cedro resonó el canto que en lengua guaraní llamó a los primeros paraguayos.

Ellos no existían.

Nacieron de la palabra que los nombró.

Fundación literaria del perro

Argos fue el nombre de un gigante de cien ojos y de una ciudad griega de hace cuatro mil años.

También se llamaba Argos el único que reconoció a Odiseo, cuando llegó, disfrazado, a Ítaca.

Homero nos contó que Odiseo regresó, al cabo de mucha guerra y mucha mar, y se acercó a su casa haciéndose pasar por un mendigo achacoso y haraposo.

Nadie se dio cuenta de que él era él.

Nadie, salvo un amigo que ya no sabía ladrar, ni podía caminar, ni moverse siquiera. Argos yacía, a las puertas de un galpón, abandonado, acribillado por las garrapatas, esperando la muerte.

Cuando vio, o quizás olió, que aquel mendigo se acercaba, alzó la cabeza y sacudió el rabo. ♦

1. Extractos de Espejos. Una historia casi universal, Siglo XXI, Madrid, 2008.

Eternos chivos expiatorios de Occidente

Los diablos del diablo

Ésta es una modesta contribución a la guerra del Bien contra el Mal. El autor aporta algunos identikits que nos ayudan a identificar los diversos rostros del Príncipe de las Tinieblas. En esta muestra sólo figuran los demonios de más larga duración, que desde hace siglos o milenios siguen activos en el mundo.

El Diablo es musulmán

Ya el Dante sabía que Mahoma era terrorista. Por algo lo ubicó en uno de los círculos del Infierno, condenado a pena de taladro perpetuo. “Lo vi rajado”, celebró el poeta en La divina comedia, “desde la barba hasta la parte inferior del vientre...”.

Más de un Papa había comprobado que las hordas musulmanas, que atormentaban a la Cristiandad, no estaban formadas por seres de carne y hueso, sino que eran un gran ejército de demonios que más crecía cuanto más sufría los golpes de las lanzas, las espadas y los arcabuces.

En tiempos actuales, los misiles fabrican muchos más enemigos que los enemigos que destripan. Pero, ¿qué sería de Dios, al fin y al cabo, sin enemigos? El miedo manda, las guerras comen miedo. La experiencia prueba que la amenaza del Infierno es siempre más eficaz que la promesa del Cielo. Bienvenidos sean los enemigos. En la Edad Media, cada vez que tambaleaba el trono, por bancarrota o furia popular, los

reyes cristianos denunciaban el peligro musulmán, desataban el pánico, lanzaban una nueva Cruzada y santo remedio. Ahora, hace un ratito nomás, George W. Bush ha sido reelecto presidente del planeta gracias a la oportuna aparición de Ben Laden, el Satán mayor del reino, que en vísperas de la elección anunció, desde la tele, que iba a comerse a todos los niños crudos.

Allá por el año 1564, el demonólogo Johann Wier había contado los diablos que estaban trabajando en la Tierra, a tiempo completo, por la perdición de las almas cristianas. Había siete millones cuatrocientos nueve mil ciento veintisiete, que actuaban divididos en setenta y nueve legiones.

Muchas aguas hirvientes han pasado, desde aquel censo, bajo los puentes del Infierno. ¿Cuántos suman, hoy día, los enviados del reino de las tinieblas? Las artes de teatro dificultan el conteo. Estos engañeros siguen usando turbantes, para ocultar sus cuernos, y largas túnicas tapan sus colas de dragón, sus alas de murciélago y la bomba que llevan bajo el brazo.

El Diablo es judío

Hitler no inventó nada. Desde hace dos mil años, los judíos son los imperdonables asesinos de Jesús y los culpables de todas las culpas.

¿Cómo? ¿Que Jesús era judío? ¿Y judíos eran también los doce apóstoles y los cuatro evangelistas? ¿Cómo dice? No puede ser. Las verdades reveladas están más allá de la duda y no exigen más evidencia que su propia existencia. Las cosas son como se dice que son, y se dice porque se sabe: en las sinagogas el Diablo dicta clase, y los judíos están desde siempre dedicados a profanar hostias y a envenenar aguas benditas. Por ellos han ocurrido las bancarrotas económicas, las crisis financieras y las derrotas militares; son ellos quienes han traído la fiebre amarilla, la peste negra y todas las pestes.

Inglaterra los expulsó, sin dejar ni uno, en el año 1290, pero eso no impidió que Chaucer, Marlowe y Shakespeare, que nunca habían visto un judío, fueran obedientes a la caricatura tradicional y reprodujeran personajes judíos según el molde satanísimo del parásito chupasangre y el avaro usurero.

Acusados de servir al Maligno, estos malditos anduvieron los siglos de expulsión en expulsión y de matanza en matanza. Después de Inglaterra, fueron sucesivamente echados de Francia, Austria, España, Portugal y numerosas ciudades sui-

zas, alemanas e italianas. Los reyes católicos, Isabel y Fernando, expulsaron a los judíos, y también a los musulmanes, porque ensuciaban la sangre. Los judíos habían vivido en España durante trece siglos. Se llevaron las llaves de sus casas. Hay quienes las tienen todavía. Nunca más volvieron.

La colosal carnicería organizada por Hitler culminó una larga historia de persecución y humillación.

La caza de judíos ha sido siempre un deporte europeo.

Ahora los palestinos, que jamás lo practicaron, pagan la cuenta.

El Diablo es mujer

El libro *Malleus Maleficarum*, también llamado *El martillo de las brujas*, recomendaba el más despiadado exorcismo contra el demonio que lleva tetas y pelo largo.

Dos inquisidores alemanes, Heinrich Kramer y Jakob Sprenger, lo escribieron, por encargo del Papa Inocencio VIII, para hacer frente a las conspiraciones demoníacas contra la Cristiandad. Se publicó por primera vez en 1486, y hasta fines del siglo XVIII fue el fundamento jurídico y teológico de los tribunales de la Inquisición en varios países.

Los autores sostenían que las brujas, harén de Satán, representaban a las mujeres en estado natural: “Toda brujería proviene de la lujuria carnal, que en las mujeres es insaciable”. Y demostraban que “esos seres de aspecto bello, contacto fétido y mortal compañía” encantaban a los hombres y los atraían, silbidos de serpiente, colas de escorpión, para aniquilarlos. Los autores advertían a los incautos: “La mujer es más amarga que la muerte. Es una trampa. Su corazón, una red, y cadenas sus brazos”.

Este tratado de criminología, que envió a miles de mujeres a las piras de la Inquisición, aconsejaba someter a tormento a todas las sospechosas de brujería.

Si confesaban, merecían el fuego. Si no confesaban, también, porque sólo una bruja, fortalecida por su amante el Diablo en los aquelarres, podía resistir semejante suplicio sin soltar la lengua.

El Papa Honorio III había sentenciado que el sacerdocio era cosa de machos: “Las mujeres no deben hablar. Sus labios llevan el estigma de Eva, que perdió a los hombres”.

Ocho siglos después, la Iglesia católica sigue negando el púlpito a las hijas de Eva.

El mismo pánico hace que los musulmanes fundamentalistas les mutilen el sexo y les tapen la cara.

Y el alivio por el peligro conjurado mueve a los judíos muy ortodoxos a empezar el día susurrando: “Gracias, Señor, por no haberme hecho mujer”.

El Diablo es homosexual

Desde 1446, los homosexuales marchaban a la hoguera en Portugal. Desde 1497, los quemaban vivos en España. El fuego era el destino que merecían estos hijos del Infierno, que del fuego venían.

En América, en cambio, los conquistadores preferían arrojarlos a los perros.

Vasco Núñez de Balboa, que a muchos emperó, creía que la homosexualidad era contagiosa. Cinco siglos después, escuché decir lo mismo al arzobispo de Montevideo.

Cuando los conquistadores asomaron en el horizonte, sólo los aztecas y los incas, en sus imperios teocráticos, castigaban la homosexualidad; y con pena de muerte. Los demás americanos la toleraban, y en algunos lugares la celebraban, sin prohibición ni castigo.

Esta provocación insoportable debía desatar la cólera divina. Desde el punto de vista de los invasores, la viruela, el sarampión y la gripe, pestes desconocidas que mataban indios como moscas, no venían de Europa sino del Cielo. Así Dios castigaba el libertinaje de los indios, que practicaban la anormalidad con toda naturalidad.

Ni en Europa, ni en América, ni en ningún lugar del mundo se ha llevado la cuenta de los muchos homosexuales condenados al suplicio o a la muerte por el delito de ser. Nada sabemos de los tiempos lejanos, y poco o nada sabemos del ahora nomás.

En la Alemania nazi, estos “degenerados culpables de aberrante delito contra la naturaleza” estaban obligados a portar un triángulo rosado. ¿Cuántos fueron a parar a los campos de concentración? ¿Cuántos murieron allí? ¿Diez mil, cincuenta mil? Nunca se supo. Nadie los contó, casi nadie los mencionó. Tampoco se supo nunca cuántos fueron los gitanos exterminados.

El 18 de septiembre del año 2001, el gobierno alemán y los bancos suizos resolvieron “rectificar la exclusión de los homosexuales entre las víctimas del Holocausto”. Más de medio siglo demoraron en corregir la omisión. A partir de esa fecha, pudieron reclamar indemnización los homosexuales que ha-

bían sobrevivido en Auschwitz y otros campos, si es que alguno quedaba todavía vivo.

El Diablo es indio

Los conquistadores descubrieron que Satán, expulsado de Europa, había encontrado refugio en América.

En esas islas y orillas del mar Caribe, besadas día y noche por su boca llameante, habitaban seres bestiales que andaban en cueros, tal como el Diablo los echó al mundo; que rendían culto al sol, a la tierra, a las montañas, a los manantiales y a otros demonios disfrazados de dioses; que llamaban juego al pecado carnal y lo practicaban sin horario ni contrato; que ignoraban los diez mandamientos y los siete sacramentos y los siete pecados capitales; que no conocían la palabra pecado ni temían al Infierno; que no sabían leer ni habían oído hablar nunca del derecho de propiedad ni de ningún derecho; y que, por si todo eso fuera poco, tenían la costumbre de comerse entre ellos. Y crudos.

La conquista de América fue una larga y dura tarea de exorcismo. Tan arraigado estaba el Demonio en estas tierras, que cuando parecía que los indios se arrodillaban devotamente ante la Virgen, estaban en realidad adorando a la serpiente que ella aplastaba bajo el pie; y cuando besaban la Cruz no estaban reconociendo al Hijo de Dios, sino que estaban celebrando el encuentro de la lluvia con la tierra.

Los conquistadores cumplieron la misión de devolver a Dios el oro, la plata y las otras muchas riquezas que el Diablo había usurpado. No fue fácil recuperar el botín. Menos mal que de vez en cuando recibían alguna ayudita de allá arriba. Cuando el dueño del Infierno preparó una emboscada en un desfiladero, para impedir el paso de los españoles hacia la plata del Cerro Rico de Potosí, un arcángel bajó de las alturas y le propinó tremenda paliza.

El Diablo es negro

Como la noche, como el pecado, el negro es enemigo de la luz y de la inocencia.

En su célebre libro de viajes, Marco Polo evocó a los habitantes de Zanzíbar: “Tenían boca muy grande, labios muy gruesos y nariz como de mono. Iban desnudos y eran totalmente negros, de modo que quien los viera en cualquier otra región del mundo creería que eran diablos”.

Tres siglos después, en España, Lucifer, pintado de negro, entraba en carro de fuego a los corrales de comedias y a los tabladillos de las ferias. Santa Teresa de Jesús, que vivió combatiéndolo, nunca pudo sacárselo de encima. Una vez se le paró al lado, y era “un negrilla muy abominable”. Y otra vez ella vio que le salía una gran llama roja del cuerpo negro, cuando se sentó encima de su libro de oraciones y le quemó los rezos.

Breve historia del intercambio entre África y Europa: durante los siglos XVI, XVII y XVIII, África vendía esclavos y compraba fusiles. Cambiaba trabajo por violencia. Los fusiles ponían orden en el caos infernal y la esclavitud iniciaba el camino de la redención. Antes de ser marcados, al hierro candente, en la cara o en el pecho, todos los negros recibían una buena salpicadura de agua bendita. El bautismo espantaba al demonio y metía un alma en esos cuerpos vacíos.

Después, durante los siglos XIX y XX, África entregaba oro, diamantes, cobre, marfil, caucho y café y recibía Biblias. Cambiaba productos por palabras. Se suponía que la lectura de la Biblia podía facilitar el viaje de los africanos desde el Infierno hacia el Paraíso, pero Europa se olvidó de enseñarles a leer.

El Diablo es extranjero

El culpómetro indica que el inmigrante viene a robarnos el empleo y el peligrosímetro lo señala con luz roja.

Si es pobre, joven y no es blanco, el intruso, el que vino de afuera, está condenado a primera vista por indigencia,

inclinación al caos o portación de piel. Y en cualquier caso, si no es pobre, ni joven, ni oscuro, de todos modos merece la malvenida porque llega dispuesto a trabajar el doble a cambio de la mitad.

El pánico a la pérdida del empleo es uno de los miedos más poderosos entre todos los miedos que nos gobiernan en estos tiempos del miedo, y el inmigrante está situado siempre a mano a la hora de acusar a los responsables del desempleo, la caída del salario, la inseguridad pública y otras terribles desgracias.

Antes, Europa derramaba sobre el mundo soldados, presos y campesinos muertos de hambre. Esos protagonistas de las aventuras coloniales han pasado a la historia como agentes viajeros de Dios. Era la Civilización lanzada al rescate de la barbarie.

Ahora, el viaje ocurre al revés. Los que llegan, o intentan llegar, desde el Sur al Norte, no traen ningún cuchillo entre

los dientes ni fusil al hombro. Vienen de países que han sido exprimidos hasta la última gota de su jugo y no tienen la intención de conquistar nada más que algún trabajo o trabajito. Esos protagonistas de las desventuras coloniales parecen, más bien, mensajeros del Diablo.

Es la barbarie lanzada al asalto de la Civilización.

El Diablo es pobre

Se relamen mientras usted come, espían mientras usted duerme: los pobres acechan. En cada uno se esconde un delincuente, quizás un terrorista.

Los bienes de pocos sufren la amenaza de los males de muchos. Nada de nuevo. Así ha sido desde que dueños de todo no consiguen dormir y los dueños de nada no consiguen comer.

Sometidas a un acoso de miles de años, las islas de la decencia están acorraladas por los turbulentos mares de la mala vida. Ruge el oleaje, que obliga a vivir en alarma perpetua. En las ciudades de nuestro tiempo, inmensas cárceles que encierran a los prisioneros del miedo, las fortalezas dicen ser casas y las armaduras simulan ser trajes.

Estado de sitio. No se distraiga, no baje la guardia, no se confíe: usted está estadísticamente marcado, y a la corta o a la larga tendrá que sufrir algún asalto, secuestro, violación o crimen.

En los barrios malditos esperan, agazapados, mordiendo envidias, tragando rencores, los autores de su próxima desgracia. Son vagonetas, pelagatos, borrachos, drogadictos, carne de cárcel o bala, gentes sin dientes, ni camino, ni destino.

Nadie los aplaude, pero estos ladrones de gallinas hacen lo que pueden imitando, modestamente, a los maestros que enseñan al mundo las fórmulas del éxito. Nadie los comprende, pero ellos aspiran a ser ciudadanos ejemplares, como esos héroes de nuestro tiempo que violan la tierra, envenenan el aire y el agua, estrangulan salarios, asesinan empleos y secuestran países. ♦

E.G.

Elogio del sentido común

Nos reúne, en la mañana de hoy, la búsqueda de áreas de cooperación y de encuentro en este mundo enfermo de desvínculos.

¿Dónde podremos encontrar un gran espacio todavía abierto al diálogo y al trabajo compartido? ¿No podríamos empezar por buscarlo en el sentido común? ¿Es cada vez más raro el sentido común?

Los gastos militares, pongamos por caso. El mundo está destinando 2,200 millones de dólares por día a la producción de muerte. O sea: el mundo consagra esa astronómica fortuna a promover cacerías donde el cazador y la presa son de la misma especie, y donde más éxito tiene quien más prójimos mata. Nueve días de gastos militares alcanzarían para dar comida, escuela y remedios a todos los niños que no los tienen. A primera vista, esto traiciona el sentido común. ¿Y a segunda vista? La versión oficial justifica este derroche por la guerra contra el terrorismo. Pero el sentido común nos dice que el terrorismo está de lo más agradecido. Y a la vista está que las guerras en Afganistán y en Irak le han regalado sus más poderosas vitaminas. Las guerras son actos de terrorismo de Estado, y el terrorismo de Estado y el terrorismo privado se alimentan mutuamente.

En estos días, se han difundido las cifras: la economía de Estados Unidos está repuntando y ha vuelto a crecer a buen ritmo. Sin los gastos de guerra, según los expertos, crecería mucho menos. O sea: la guerra de Irak sigue siendo una buena noticia

PALABRAS PRONUNCIADAS EL 12 DE MAYO DE 2004, EN LA APERTURA DE LOS DIÁLOGOS DEL FÓRUM DE BARCELONA.

TEXTO PUBLICADO EN LA EDICIÓN CHILENA DE *LE MONDE DIPLOMATIQUE*, AGOSTO DE 2004.

para la economía. ¿Y para los muertos? ¿Habla el sentido común por boca de las estadísticas económicas? ¿O habla por la boca de ese padre dolido, Julio Anguita (1), cuando dice: “Mal-dita sea esta guerra y todas las guerras”?

Los cinco países que más armas fabrican y venden son los que gozan del derecho de veto en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. ¿No contradice el sentido común que los custodios de la paz mundial sean los que hacen el negocio de la guerra?

A la hora de la verdad, esos cinco países mandan. También son cinco los países que mandan en el Fondo Monetario Internacional. Ocho toman las decisiones en el Banco Mundial. En la Organización Mundial del Comercio, está previsto el derecho de voto, pero jamás se usa.

La lucha por la democracia en el mundo, ¿no tendría que empezar por la democratización de los organismos que se llaman internacionales? ¿Qué opina el sentido común? No está previsto que opine. El sentido común no tiene voto, y tampoco tiene voz.

Muchas de las más feroces extorsiones y de los más atroces crímenes que el mundo padece se llevan a la práctica a través de esos organismos que dicen ser internacionales. Sus víctimas son los otros desaparecidos: no los que se perdieron en la niebla de horror de las dictaduras militares, sino los desaparecidos de la democracia. En estos años recientes, en el Uruguay, mi país, y en América Latina y otras regiones del mundo han desaparecido los empleos, los salarios, las jubilaciones, las fábricas, las tierras, los ríos, y hasta han desaparecido nuestros hijos, que desandan el camino de sus abuelos, obligados a emigrar en busca de lo que desapareció.

¿Obliga el sentido común a aceptar estos dolores evitables? ¿Aceptarlos, cruzados de brazos, como si fueran la inevitable obra del tiempo o de la muerte?

¿Aceptación, resignación? Reconozcamos que poquito a poco, el mundo va siendo menos injusto. Por poner un ejemplo, ya no es tan abismal la diferencia entre el salario femenino y el salario masculino. Poquito a poco, digo: al ritmo actual, habrá igualdad de salarios entre los hombres y las mujeres dentro de 475 años. ¿Qué aconseja el sentido común? ¿Esperar? No conozco a ninguna mujer que viva tanto.

La verdadera educación, la que proviene del sentido común y al sentido común conduce, nos enseña a luchar por la recu-

peración de todo lo que nos ha sido usurpado. El obispo catalán Pedro Casaldáliga (2) lleva largos años de experiencia en la selva brasileña. Y él dice que es verdad que más vale enseñar a pescar que regalar pescado, pero advierte que de nada sirve enseñar a pescar si los ríos han sido envenenados o vendidos.

Para que los osos bailen en los circos, el domador los amaestra: al ritmo de la música, les golpea las ancas con un palo erizado de púas. Si bailan como deben, el domador deja de golpearlos y les da comida. Si no, continúa el tormento, y en las noches los devuelve a las jaulas sin nada que comer. Por miedo, miedo al castigo, miedo al hambre, los osos bailan. Desde el punto de vista del domador, esto es puro sentido común. Pero, ¿y desde el punto de vista del domado?

Septiembre de 2001, Nueva York. Cuando el avión embistió la segunda torre, y la torre crujió, la gente huyó volando escaleras abajo. Entonces los altavoces mandaron que los empleados volvieran a sus puestos de trabajo. ¿Quiénes actuaron con sentido común? Se salvaron los que no obedecieron.

Para salvarnos, juntarnos. Como los dedos en la mano. Como los patos en el vuelo.

Tecnología del vuelo compartido: el primer pato que se alza abre paso al segundo, que despeja el camino al tercero, y la energía del tercero levanta vuelo al cuarto, que ayuda al quinto, y el impulso del quinto empuja al sexto, que presta fuerza al séptimo...

Cuando se cansa el pato que hace punta, baja a la cola de la bandada y deja su lugar a otro, que sube al vértice de esa V invertida que los patos dibujan en el aire. Todos se van turnando, atrás y adelante. Según mi amigo Juan Díaz Bordenave (3), que no es patólogo pero sabe de patos, ningún pato se cree superpato por volar adelante, ni subpato por marchar atrás. Los patos no han perdido el sentido común. ♦

1. NDLR. Julio Anguita, político español. Dirigente histórico de Izquierda Unida, cuyo hijo, Julio Anguita Parrado, periodista, corresponsal del diario madrileño El Mundo, quien acompañaba la tercera brigada estadounidense durante la invasión de Irak, resultó muerto por un misil iraquí en el sur de Bagdad el 7 de abril de 2003.

2. NDLR. Monseñor Pedro Casaldáliga, nacido en 1928, religioso claretiano, teólogo de la liberación, obispo titular desde hace 35 años de la prelatura de Sao Felix de Araguaia, una de las más pobres de Brasil, perdida en el Estado de Mato Grosso. En 1992 fue propuesto para el Premio Nobel de la Paz.

3. NDLR. Juan Enrique Díaz Bordenave, ensayista paraguayo especialista en comunicación, autor entre otros de Comunicación y Sociedad, Búsqueda, Buenos Aires, 1985.

Enigmas

¿De qué se ríen las calaveras?

¿Quién es el autor de los chistes sin autor?

¿Quién es el viejito que inventa los chistes y los siembra por el mundo?

¿En qué cueva se esconde?

¿Por qué Noé puso mosquitos en el arca?

San Francisco de Asís, ¿amaba también a los mosquitos?

Las estatuas que faltan, ¿son tantas como las estatuas que sobran?

Si la tecnología de la comunicación está cada vez más desarrollada, ¿por qué la gente cada vez está más incomunicada?

¿Por qué a los expertos en comunicación no les entiende ni Dios?

¿Por qué los libros de educación sexual te dejan sin ganas de hacer el amor por varios años?

En las guerras, ¿quién vende las armas?

Punto de vista/1

Desde el punto de vista del búho, del murciélago, del bohemio y del ladrón, el crepúsculo es la hora del desayuno.

La lluvia es una maldición para el turista y una buena noticia para el campesino.

Desde el punto de vista del nativo, el pintoresco es el turista.

Desde el punto de vista de los indios de las islas del mar Caribe, Cristóbal Colón, con su sombrero de plumas y su capa de terciopelo rojo, era un papagayo de dimensiones jamás vistas.

TEXTOS DEL LIBRO PATAS ARRIBA, LEÍDOS EN EL PALAIS DES SPORTS, EN LA CELEBRACIÓN DEL 50 ANIVERSARIO DE LE MONDE DIPLOMATIQUE EL 8 DE MAYO 2004. TEXTO PUBLICADO EN LA EDICIÓN CHILENA DE LE MONDE DIPLOMATIQUE, NOVIEMBRE DE 2004.

2

Desde el punto de vista del sur, el verano del norte es invierno. Desde el punto de vista de una lombriz, un plato de espaguetis es una orgía.

Donde los indúes ven una vaca sagrada, otros ven una gran hamburguesa.

Desde el punto de vista de Hipócrates, Galeno, Maimónides y Paracelso, existía una enfermedad llamada indigestión, pero no existía una enfermedad llamada hambre.

3

Desde el punto de vista del oriente del mundo, el día del occidente es noche.

En la India, quienes llevan luto visten de blanco.

En la Europa antigua, el negro, color de la tierra fecunda, era el color de la vida, y el blanco, color de los huesos, era el color de la muerte.

Según los viejos sabios de la región colombiana del Chocó, Adán y Eva eran negros, y negros eran sus hijos Caín y Abel. Cuando Caín mató a su hermano de un garrotazo, tronaron las iras de Dios.

Ante las furias del Señor, el asesino palideció de culpa y miedo, y tanto palideció que blanco quedó hasta el fin de sus días. Los blancos somos, todos, hijos de Caín.

4

Si las Santas, en vez de los Santos, hubieran escrito los Evangelios, ¿cómo sería la primera noche de la era cristiana?

San José, contarían, estaba de mal humor. Él era el único que tenía cara larga en aquel pesebre donde el niño Jesús, recién nacido, resplandecía en su cuna de paja. Todos sonreían: la Virgen María, los angelitos, los pastores, las ovejas, el buey, el asno, los magos venidos del Oriente y la estrella que los había conducido hasta Belén. Todos sonreían, menos uno, San José, sombrío murmuró:

-Yo quería una nena.

El derecho al delirio

En 1948 y en 1976, las Naciones Unidas proclamaron extensas listas de derechos humanos; pero la inmensa mayoría de la humanidad no tiene más que el derecho de ver, oír y callar. ¿Que tal si empezamos a ejercer el jamás proclamado dere-

cho de soñar? ¿Que tal si deliramos, por un ratito? Vamos a clavar los ojos más allá de la infamia, para adivinar otro mundo posible:

El aire estará limpio de todo veneno que no venga de los miedos humanos y de las humanas pasiones;
en las calles, los automóviles serán aplastados por los perros;
la gente no será manejada por el automóvil ni será programada por la computadora, ni será comprada por el supermercado, ni será mirada por el televisor;
el televisor dejará de ser el miembro más importante de la familia, y será tratado como la plancha o el lavarropas;
la gente trabajará para vivir, en lugar de vivir para trabajar;
se incorporará a los códigos penales el delito de estupidez, que cometen quienes viven por tener o por ganar, en vez de vivir por vivir nomás, como canta el ¡pájaro sin saber que canta y como juega el niño sin saber que juega;
en ningún país irán presos los muchachos que se niegan a cumplir el servicio militar, sino los que quieran cumplirlo;
los economistas no llamarán nivel de vida al nivel de consumo, ni llamarán calidad de vida a la cantidad de cosas;
los cocineros no creerán que a las langostas les encanta que las hiervan vivas;
los historiadores no creerán que a los países les encanta ser invadidos;
los políticos no creerán que a los pobres les encanta comer promesas;
la solemnidad se dejará de creer que es una virtud, y nadie tomará en serio a nadie que no sea capaz de tomarse el pelo;
la muerte y el dinero perderán sus mágicos poderes y ni por defunción ni por fortuna se convertirá el canalla en virtuoso caballero;
nadie será considerado héroe ni tonto por hacer lo que cree justo en lugar de hacer lo que más le conviene;
el mundo ya no estará en guerra contra los pobres, sino contra la pobreza, y la industria militar no tendrá más remedio que declararse en quiebra;
la comida no será una mercancía, ni la comunicación un negocio, por que la comida y la comunicación son derechos humanos;
nadie morirá de hambre, por que nadie morirá de indigestión;
los niños de la calle no serán tratados como si fueran basura, por que no habrá niños de la calle;

los niños ricos no serán tratados como si fueran dinero, por que no habrá niños ricos;
la educación no será el privilegio de quienes puedan pagarla;
la policía no será la maldición de quienes no puedan comprarla;
la justicia y la libertad, hermanas siamesas condenadas a vivir separadas, volverán a juntarse, bien pegaditas, espalda contra espalda;
una mujer, negra, será presidenta de Brasil, y otra mujer negra, será presidenta de los Estados Unidos de América, una mujer india gobernará Guatemala y otra, Perú;
en Argentina, las *locas* de plaza de mayo serán un ejemplo de salud mental, por que ellas se negaron a olvidar en los tiempos de la amnesia obligatoria;
la Santa Madre Iglesia corregirá las erratas de las tablas de Moisés, y el sexto mandamiento ordenará festejar el cuerpo;
la iglesia también dictará otro mandamiento, que se le había olvidado a Dios: “Amarás a la naturaleza, de la que formas parte”;
serán reforestados los desiertos del mundo y los desiertos del alma;
los desesperados serán esperados y los perdidos serán encontrados, por que ellos son los que se desesperaron de tanto esperar y los que se perdieron de tanto buscar;
seremos compatriotas y contemporáneos de todos los que tengan voluntad de justicia y voluntad de belleza, hayan nacido donde hayan nacido y hayan vivido cuando hayan vivido, sin que importen un poquito las fronteras del mapa o del tiempo;
la perfección seguirá siendo el aburrido privilegio de los dioses;
pero en este mundo chambón y jodido, cada noche será vivida como si fuera la última y cada día como si fuera el primero. ♦

E.G.

Una industria canibal

En junio de 2003, un jugador de Camerún, Marc Vivien Foe, cayó fulminado en el estadio de Lyon. No fue víctima de ninguna patada criminal. Nadie lo había tocado. Foe murió por extenuación. El ritmo de la Copa de Confederaciones, un partido tras otro, acabó con él.

Ningún informe médico dirá que sufrió un ataque de fútbol profesional, porque la fatal dolencia no figura en ningún vademécum. Pero la verdad es que el más bello y popular de los deportes, fiesta de las piernas que lo juegan y de los ojos que lo miran, funciona, a nivel industrial, como una máquina de picar carne humana.

El año pasado, fueron dos los campeonatos mundiales de fútbol. En uno jugaron los deportistas de carne y hueso. En el otro, al mismo tiempo, jugaron los robots. Las selecciones humanoides disputaron la RoboCup 2002 en el puerto japonés de Fukuoka, frente a la costa coreana.

Los torneos de robots ocurren, cada año, en un lugar diferente. Sus organizadores tienen la esperanza de competir, de aquí a algún tiempo, contra las selecciones de verdad. Al fin y al cabo, dicen, ya una computadora ha derrotado al campeón Gary Kasparov en un tablero de ajedrez, y no les cuesta tanto imaginar que los atletas mecánicos lleguen a lograr una hazaña semejante en una cancha de fútbol.

Los robots, programados por ingenieros, son fuertes en defensa y rápidos y cañoneros en el ataque. Jamás se cansan ni

se quejan, nunca un robot ha caído muerto en el campo de juego. Y no se entretienen con la pelota: cumplen sin chistar las órdenes del director técnico y ni por un instante cometen la locura de creer que los jugadores juegan.

¿Cuál es el sueño más frecuente de los empresarios, los tecnócratas, los burócratas y los ideólogos de la industria del fútbol? En el sueño, cada vez más parecido a la realidad, los jugadores imitan a los robots.

Triste signo de los tiempos, el siglo XXI sacraliza la mediocridad en nombre de la eficiencia y sacrifica la libertad en los altares del éxito. “Uno no gana porque vale, sino que vale porque gana”, había comprobado, hace ya algunos años, Cornelius Castoriadis. Él no se refería al fútbol, pero era como si.

Prohibido perder tiempo, prohibido perder: convertido en trabajo, sometido a las leyes de la rentabilidad, el juego deja de jugar. Cada vez más, como todo lo demás, el fútbol profesional parece regido por la UENBE (Unión de Enemigos de la Belleza), poderosa organización que no existe pero manda.

Ignacio Salvatierra, un árbitro injustamente desconocido, merece la canonización. Él dio testimonio de la nueva fe. Hace siete años, exorcizó al demonio de la fantasía en la ciudad boliviana de Trinidad. El árbitro Salvatierra expulsó de la cancha al jugador Abel Vaca Saucedo. Le sacó tarjeta roja “para que aprenda a tomarse el fútbol en serio”. Vaca Saucedo había cometido un gol imperdonable. Eludió a todo el equipo rival, en un desenfreno de gambetas, túneles, sombreros y taquitos, y culminó su orgía de espaldas al arco, con un certero culazo que clavó la pelota en el ángulo.

Obediencia, velocidad, fuerza y nada de firuletes: éste es el molde que la globalización impone.

Se fabrica, en serie, un fútbol más frío que una heladera. Y más implacable que una máquina trituradora.

Según los datos publicados por France Football, el tiempo de vida útil de los jugadores profesionales ha bajado a la mitad en los últimos veinte años. El promedio, que era de doce años, se ha reducido a seis. Los obreros del fútbol rinden cada vez

más y duran cada vez menos. Para responder a las exigencias del ritmo de trabajo, muchos no tienen más remedio que recurrir a la ayuda química, inyecciones y pastillas que les aceleran el desgaste: las drogas tienen mil nombres, pero todas nacen de la obligación de ganar, y merecen llamarse exitoína.

Dos mil quinientos años antes de Blatter, los atletas competían desnudos y sin ningún tatuaje publicitario en el cuerpo. Los griegos, fragmentados en muchas ciudades, cada cual con sus propias leyes y sus propios ejércitos, se juntaban en los juegos olímpicos. Haciendo deporte, aquellos pueblos dispersos decían: “Nosotros somos griegos”, como si recitaran con sus cuerpos los versos de La Ilíada que habían fundado su conciencia de nación.

Mucho después, durante buena parte del siglo veinte, el fútbol fue el deporte que mejor expresó y afirmó la identidad nacional. Las diversas maneras de jugar han revelado, y celebrado, las diversas maneras de ser. Pero la diversidad del mundo está sucumbiendo a la uniformización obligatoria. El fútbol industrial, que la televisión ha convertido en el más lucrativo espectáculo de masas, impone un modelo único, que borra los perfiles propios, como ocurre con esas caras que se vuelven máscaras, todas iguales, al cabo de continuas operaciones de cirugía plástica.

Se supone que este aburrimiento es el progreso, pero el historiador Arnold Toynbee había pasado por muchos pasados cuando comprobó: “La más consistente característica de las civilizaciones en decadencia es la tendencia a la estandarización y la uniformidad”.

El fútbol profesional practica la dictadura. Los jugadores no pueden decir ni pío en el despótico señorío de los dueños de la pelota, que desde su castillo de la FIFA reinan y roban. El poder absoluto se justifica por la costumbre: así es porque así debe ser, y así debe ser porque así es.

Pero, ¿ha sido siempre así? Vale la pena recordar, ahora, una experiencia que ocurrió en Brasil, hace no más que veinte años, todavía en tiempos de la dictadura militar. Los juga-

dores conquistaron la dirección del club Corinthians, uno de los clubes más poderosos del Brasil, y ejercieron el poder durante 1982 y 1983. Insólito, jamás visto: los jugadores decidían todo, entre todos, por mayoría. Democráticamente discutían y votaban el método de trabajo, el sistema de juego, la distribución del dinero y todo lo demás. En sus camisetas, se leía: Democracia Corinthiana.

En un par de años, los dirigentes desplazados recuperaron la manija y mandaron a parar. Pero mientras duró la democracia, el Corinthians, gobernado por sus jugadores, ofreció el fútbol más audaz y vistoso de todo el país, atrajo las mayores multitudes a los estadios y ganó dos veces seguidas el campeonato local.

Sus proezas y bellezas se explicaban por la droga. Una droga que el fútbol profesional no puede pagar: esa pócima mágica, que no tiene precio, se llama entusiasmo. En el idioma de la Grecia antigua, entusiasmo significa “tener a los dioses adentro”.

Como se sabe, el año pasado Brasil ganó la Copa del Mundo, en el partido final contra Alemania, en Tokio.

Aunque nadie se enteró, al mismo tiempo se disputó, lejos de allí, otra final.

Fue en los picos del Himalaya. Midieron sus fuerzas las dos peores selecciones del planeta, la última y la penúltima en el ranking mundial: el reino de Bhután y la isla caribeña de Monserrat.

El trofeo era una gran copa plateada, que esperaba a la orilla de la cancha.

Los jugadores, todos anónimos, ningún famoso, lo pasaron en grande, sin más obligación que divertirse mucho. Y cuando los dos equipos terminaron el partido, la copa, que estaba pegada por la mitad, se abrió en dos y fue por los dos compartida.

Bhután había ganado y Monserrat había perdido, pero ese detalle no tenía la menor importancia. ♦

E.G.

Seis razones para el insomnio

Doctor... no puedo dormir

El autor de Las venas abiertas de América Latina y Un mundo al revés, entre otros títulos célebres, reflexiona aquí con ironía sobre temas que provocarían la vigilia de la humanidad si se tuviese conciencia de sus implicancias. Los medios de comunicación internacionales, la clase política mundial, los intelectuales mediáticos, voceros del “pensamiento único” y, en fin, una opinión pública adormecida, ignoran o fingen ignorar la marcha del mundo.

Seis moscas me zumban en la cabeza y me impiden dormir. El mosquerío de mis insomnios es, en verdad, mucho más numeroso, pero digo seis por hacerla corta. Aquí describo algunas de las angustias que me atormentan las noches. Como se verá, no son moco de pavo. Se refieren nada menos que al destino del mundo.

1. ¿Un mundo sin maestros?

Según ha informado el diario The Times of India, una Escuela del Crimen está funcionando, a pleno éxito, en la ciudad de Muzaffarnagar, al oeste del Estado indio de Uttar Pradesh.

Allí se ofrece a los adolescentes una formación de alto nivel

para ganar dinero fácil. Uno de los tres directores, el educador Susheel Mooch, tiene a su cargo el curso más sofisticado, que incluye, entre otras materias, Secuestros, Extorsiones y Ejecuciones. Los otros dos se ocupan de materias más convencionales. Todos los cursos incluyen trabajos prácticos. Por ejemplo, la enseñanza del robo en autopistas y carreteras: los estudiantes, agazapados, arrojan algún objeto metálico sobre el automóvil que eligen; el ruido detiene al conductor, intriga-do, y entonces se procede al asalto, que el docente supervisa.

Según los directores, esta escuela ha surgido para dar respuesta a una necesidad del mercado y para cumplir una función social. El mercado exige niveles cada vez más altos de especialización en el área del delito, y la educación criminal es la única que asegura a los jóvenes un trabajo bien remunerado y permanente.

Mucho me temo que tienen razón. Y me da pánico pensar que el ejemplo va a cundir en la India y en el mundo. ¿Qué será -me pregunto- de los pobres maestros de las escuelas tradicionales, ya castigados por sus sueldos de hambre y por la poca o ninguna atención que les prestan sus alumnos? ¿Cuántos maestros podrán reciclarse y adaptarse a las exigencias de la modernidad? De los que yo conozco, ninguno. Me consta que son incapaces de matar ni una mosca, y el talento no les da ni para asaltar a una anciana huérfana y paralítica. ¿Qué van a enseñar estos inútiles en el mundo de mañana?

2. ¿Un mundo sin presidentes?

Dicen que dicen dijeron que algún presidente de algún país latinoamericano viajó a Washington, para negociar la deuda externa. Al regreso, anunció a su pueblo una noticia buena y una mala: “La noticia buena es que ya no debemos ni un centavo. La mala, que todos los habitantes de este país tenemos veinticuatro horas para irnos”.

Los países pertenecen a sus acreedores. Los deudores deben obediencia; y la buena conducta se demuestra practicando el socialismo, pero el socialismo al revés: privatizando las ganancias y socializando las pérdidas.

“Nosotros hacemos bien los deberes”, han dicho, con pocos meses de diferencia, Carlos Menem, mientras era presidente de Argentina, y su colega mexicano Ernesto Zedillo.

De aquí a poco, al paso que vamos, se va a privatizar tam-

bién el aire, y ya vendrán los expertos a explicar que quien no paga por el aire no sabe valorarlo y no merece respirar. Todo o casi todo se ha privatizado, pongamos por caso, en Argentina, Brasil, Chile y México. En los cuatro países, se dijo que no había más remedio que privatizar para pagar la deuda externa y los cuatro deben, ahora, el doble de lo que debían hace diez años.

Y ésta es otra fuente de angustia: me quita el sueño el presentimiento de que cualquier día de estos los banqueros acreedores desalojarán a los presidentes, y se sentarán en sus sillones, al grito de: ¡Basta de intermediarios!

Y noche tras noche me revuelvo entre las sábanas preguntándome adónde irá a parar toda esta gente. ¿Dónde conseguirá empleo esta mano de obra tan altamente especializada? ¿Aceptarán los presidentes cualquier trabajito?

En MacDonald's, la cola es larga.

3. ¿Un mundo sin temas?

El espectacular desarrollo de la tecnología ha hecho posible que todos los globales habitantes de este mundo nos hayamos pasado más de un año, todo el '98 y buena parte del '99, pendientes del gran acontecimiento del fin de siglo: las hazañas de la lingüista Mónica Lewinsky en el Salón Oval de la Casa Blanca.

La lewinskización globalizada nos permitió a todos, en los cuatro puntos cardinales del planeta, leer, mirar y escuchar hasta el más mínimo detalle de esta epopeya de la humanidad. Los grandes medios masivos de comunicación nos otorgaron miles de posibilidades de elegir entre eso y eso.

Pero eso pasó, como pasaron Grecia y Roma, y desde entonces la gran prensa, las cadenas gigantes de televisión y los radios ya no tienen de qué ocuparse. Yo abrigué la esperanza de que estallara otro sexgate, cuando alguien me contó que fuentes bien informadas le habían contado que la canciller Madeleine Albright iba a denunciar al presidente por acoso sexual incesante. Pero nunca más escuché mencionar el asunto, y sospecho que se trataba de un chisme vil, indigno de ocupar el centro de la atención universal.

Y también esto me quita el sueño. Ahora que los periodistas se llaman "comunicadores sociales", ¿qué van a comunicar a la sociedad? ¿De qué van a vivir? ¿Otra multitud de desempleados arrojados a la calle?

4. ¿Un mundo sin enemigos?

Ya los Estados Unidos y sus aliados de la OTAN llevan bastante tiempo sin fabricar una guerra. La industria de la muerte se está poniendo nerviosa. Los inmensos presupuestos militares necesitan justificar su existencia, y la industria de armamentos no tiene dónde exhibir sus nuevos modelos.

¿Contra quién se lanzará la próxima “misión humanitaria”? ¿Quién será el próximo enemigo? ¿Quién trabajará de villano en la próxima película, quién será el Satán del infierno que viene? Esto me tiene muy preocupado. Estuve releendo los motivos invocados para bombardear a Irak y a Yugoslavia, y he llegado a la alarmante conclusión de que hay un país, un solo país, que reúne todas las condiciones, todas, toditas, para ser reducido a escombros.

Ese país es el principal factor de inestabilidad de la democracia en todo el planeta, por su vieja costumbre de fabricar golpes de Estado y dictaduras militares. Ese país constituye una amenaza para sus vecinos, a quienes invade, con frecuencia, desde siempre. Ese país produce, almacena y vende la mayor cantidad de armas químicas y bacteriológicas. En ese país reside el mayor mercado de drogas del mundo, y en sus bancos se lavan millones de narcodólares. La historia nacional de ese país es una larga guerra de limpieza étnica, contra los aborígenes primero, contra los negros después; y ese país ha sido, en años recientes, el principal responsable de la feroz matanza étnica que aniquiló a doscientos mil guatemaltecos, en su mayoría indígenas mayas.

¿Se autobombardeará Estados Unidos? ¿Se invadirá a sí mismo? ¿Cometerá Estados Unidos ese acto de coherencia, haciendo consigo mismo lo que hace con los demás? Las lágrimas riegan mi almohada. Quiera Dios evitar semejante desgracia a esa gran nación que jamás ha sido bombardeada por nadie.

5. ¿Un mundo sin bancos?

En su edición del 14 de diciembre de 1998, la revista Time publicó el informe del Congreso de los Estados Unidos sobre la evaporación de cien millones de dólares provenientes del tráfico de drogas en México. Según la comisión parlamentaria que investigó el asunto, fue el Citibank quien organizó el viaje de esa narcofortuna a través de cinco países y quien

inventó sociedades fantasmas y nombres de fantasía hasta borrar la pista.

Las cárceles norteamericanas, las más pobladas del planeta, están llenas de drogadictos jóvenes, pobres y negros; pero el Citibank, alta estrella del cielo financiero, no marchó preso. En realidad, a nadie se le pasó semejante idea por la cabeza. Sin embargo, la lectura del informe me dejó rumiando. Es verdad que este gran banco sigue libre y prosperando; y que el jabón Citibank, el detergente Banque Suisse, el quitamanchas Bahamas y tantas otras marcas prestigeadas por las mejores lavanderías siguen batiendo, libremente, récords de venta en el mercado global de artículos de limpieza.

Pero no puedo dejar de pensar que la amenaza acecha.

¿Qué pasaría si un buen día la guerra contra las drogas dejara de ser una guerra contra los drogadictos, que castiga a las víctimas, y las armas corrigieran la puntería y apuntaran hacia arriba? Ahora que la economía está difunta, y sólo existen las finanzas, ¿qué sería del mundo sin bancos? ¿Y qué sería del pobre dinero, condenado a deambular por las calles, como deambula la gente sin casa? De sólo pensarlo, se me frunce el corazón.

6. ¿Un mundo sin mundo?

Algún día de octubre del '98, en plena Era Lewinskiana, descubrí una noticia insignificante, perdida al pie de alguna página de algún diario. Tres organizaciones ecologistas -WWF International, New Economics Foundation y World Conservation Monitoring Centre- habían llegado a la conclusión de que el mundo ha perdido, en los últimos treinta años, cerca de la tercera parte de su riqueza natural. Era la mayor catástrofe ecológica desde la época de los dinosaurios; la recuperación de las plantas y de los animales extinguidos llevaría no menos de cinco millones de años.

Desde que leí esta pequeña noticia sin importancia, otra obsesión me despabila. No puedo sacarme de la cabeza el presentimiento de que alguna vez los animales y las plantas nos harán un Juicio Final. Llego al delirio de imaginarnos a todos acusados por fiscales que nos señalarán con la pata o la rama: “¿Qué han hecho ustedes de este planeta? ¿En qué supermercado lo compraron? ¿Quién les ha dado a ustedes derecho a maltratarnos y a exterminarnos?”

Y veo un alto tribunal de bichos y vegetales dictando sentencia de condenación eterna contra el género humano.

¿Pagaremos justos por pecadores? ¿Pasaré mi eternidad en el infierno, junto a los exitosos empresarios exterminadores del planeta y sus políticos comprados y sus jefes guerreros y sus expertos publicitarios que venden veneno envolviéndolo en celofán verde?

Un sudor helado me hace tiritar el cuerpo. Antes, yo creía que el Juicio Final era asunto de Dios. En el peor de los casos, yo iba a cumplir mi destino compartiendo la parrilla perpetua con los asesinos seriales, las cantantes de televisión y los críticos literarios. Ahora eso me parece, comparando, cosa de nada. ♦

E.G.

Una contradicción llamada Uruguay

Los uruguayos tenemos cierta tendencia a creer que nuestro país existe, pero el mundo no se entera. Los grandes medios de comunicación, los que tienen influencia universal, jamás mencionan a esta nación chiquita y perdida al sur del mapa. Por excepción, hace unos meses, la prensa británica se ocupó de nosotros, en vísperas de la visita del príncipe Carlos. Entonces, el prestigioso diario *The Times* informó a sus lectores que la ley uruguaya autoriza al marido traicionado a cortar la nariz de la esposa infiel y a castrar al amante.

The Times atribuyó a nuestra vida conyugal esas malas costumbres de las tropas coloniales británicas: se agradece la gentileza, pero la verdad es que tan bajo no hemos caído. Este país bárbaro, que abolió los castigos corporales en las escuelas ciento veinte años antes que Gran Bretaña, no es lo que parece ser cuando se lo mira desde arriba y desde lejos. Si los periodistas se bajaran del avión, podrían llevarse algunas sorpresas. Los uruguayos somos poquitos, nada más que tres millones. Cabemos, todos, en un solo barrio de cualquiera de las grandes ciudades del mundo. Tres millones de anarquistas conservadores: no nos gusta que nadie nos mande, y nos cuesta cambiar. Cuando nos decidimos a cambiar, la cosa va en serio. Ahora soplan, en el país, buenos vientos de cambio. Ya va siendo hora de que nos dejemos

de ser testigos de nuestras desgracias. El Uruguay lleva mucho tiempo estacionado en su propia decadencia, desde las épocas en que supimos estar a la vanguardia de todo. Los protagonistas se habían vuelto espectadores. Tres millones de ideólogos políticos, y la política práctica en manos de los politiqueros que han convertido los derechos ciudadanos en favores del poder; tres millones de directores técnicos de fútbol, y el fútbol uruguayo viviendo de la nostalgia; tres millones de críticos de cine, y el cine nacional no ha pasado de ser una esperanza.

El país que es vive en perpetua contradicción con el país que fue. La jornada de trabajo de ocho horas se impuso por ley, en el Uruguay, un año antes que en Estados Unidos y cuatro años antes que en Francia; pero hoy día encontrar trabajo es un milagro, y más milagro es llenar la olla trabajando nada más que ocho horas: sólo Jesús podría, si fuera uruguayo y si fuera todavía capaz de multiplicar los panes y los peces.

El Uruguay tuvo ley de divorcio setenta años antes que España, y voto femenino catorce años antes que Francia; pero la realidad sigue tratando a las mujeres peor que los tangos, lo que ya es decir, y las mujeres brillan por su ausencia en el poder político, escasas islas femeninas en un mar de machos.

Este sistema, cansado y estéril, no sólo traiciona su propia memoria: además, sobrevive en contradicción perpetua con la realidad. El país depende de las ventas al exterior de carnes, cueros, lanas y arroz, pero el campo está en manos de pocos. Esos pocos, que predicán las virtudes de la familia cristiana pero echan a los peones que se casan, acaparan todo.

Mientras tanto, quien quiere tierra para trabajar recibe un portazo en las narices: y quien alguna tierrita consigue, depende de créditos que los bancos otorgan siempre al que tiene, y jamás al que necesita. Hartos de recibir un peso por cada producto que vale diez, los pequeños productores rurales terminan buscando mejor suerte en Montevideo. A la capital del país, centro del poder burocrático y de todos los poderes, acuden los desesperados, esperando el trabajo que niegan las fábricas cubiertas de telarañas. Muchos terminan recogiendo basura; y muchos siguen viaje desde el puerto o el aeropuerto.

En materia de contradicciones entre el poder y la realidad, ganamos los campeonatos mundiales que el fútbol nos niega. En el mapa, rodeado por sus grandes vecinos, el Uruguay parece enano. No tanto. Tenemos cinco veces más tierra que Holanda, y cinco veces menos habitantes. Tenemos más tierra cultivable que el Japón, y una población cuarenta veces menor. Sin embargo, son muchos los uruguayos que emigran, porque aquí no encuentran su lugar bajo el sol. Una población escasa y envejecida: pocos niños nacen, en las calles se ven más sillas de ruedas que cochecitos de bebés. Cuando esos pocos niños crecen, el país los expulsa. Exportamos jóvenes. Hay uruguayos hasta en Alaska y Hawai. Hace veintitantos años, la dictadura militar arrojó a mucha gente al exilio. En plena democracia, la economía condena al destierro a mucha gente más. La economía está manejada por los banqueros, que practican el socialismo socializando sus fraudulentas bancarrotas y practican el capitalismo ofreciendo un país de servicios. Para entrar por la puerta de servicio al mercado mundial, nos reducen a un santuario financiero con secreto bancario, cuatro vacas atrás, y vista al mar. En esa economía, la gente sobra, por poca que sea.

Modestia aparte, todo hay que decirlo, también por buenos motivos mereceríamos figurar en el libro Guinness. Durante la dictadura militar, no hubo en el Uruguay ni un solo intelectual importante, ni científico relevante, ni artista representativo, ni uno solo, dispuesto a aplaudir a los mandones. Y en los tiempos que corren, ya en democracia, el Uruguay fue el único país en el mundo que derrotó las privatizaciones en consulta popular: en el plebiscito de finales del 92, el 72 por ciento de los uruguayos decidió que los servicios públicos esenciales seguirán siendo públicos. La noticia no mereció ni una sola línea en la prensa mundial, aunque era una insólita prueba de sentido común. La experiencia de otros países latinoamericanos nos enseña que las privatizaciones pueden engordar las cuentas privadas de algunos políticos, pero duplican la deuda externa, como ocurrió en Argentina, Brasil, Chile y México en los últimos diez años; y las privatizaciones humillan, a precio de banana, la soberanía.

El habitual silencio de los grandes medios de comunicación evitó cualquier mínima posibilidad de que el plebisci-

to contagiara su ejemplo fuera de fronteras. Pero, fronteras adentro, aquel acto colectivo de afirmación nacional a contraviento, aquel sacrilegio contra la dictadura universal del dinero, anunció que estaba viva la energía de dignidad que el terror militar había querido aniquilar.

Valgan estas líneas, si de algo valen, como un fundamento de voto por el Encuentro Progresista. Ojalá las urnas confirmen en las elecciones la vocación respondona de este paradójico país, donde yo nací y volvería a nacer. ♦

E.G.

El poeta que busca y espera

En mayo de 1999, un poeta derribó a un general. Desde hace algunos miles de años, como se sabe, son los generales quienes normalmente derriban a los poetas. Esta inversión de la regla, que se ha dado pocas veces o nunca, ocurrió en la Argentina, cuando el poeta Juan Gelman logró que el general Eduardo Cabanillas fuera destituido de la alta jefatura que ocupaba en el ejército. El poeta demostró que el general mentía: Cabanillas lo negaba, pero había sido uno de los jefes de un campo de concentración, en Buenos Aires, en los años de la dictadura.

En ese centro de tortura y exterminio, que funcionaba en un taller de automotores llamado Orletti, habían estado presos el hijo y la nuera del poeta. El cadáver del hijo, Marcelo, apareció años después, metido en un tonel con cemento. De la nuera, que estaba embarazada, nunca más se supo.

En Orletti, trabajaban juntos oficiales argentinos, uruguayos y chilenos. Eran los tiempos del mercado común del horror: no había fronteras para el ejercicio de la tortura, el asesinato, la desaparición de las víctimas, la violación de mujeres y el robo de bebés.

Mientras el general Cabanillas caía en Buenos Aires, Juan Gelman dejaba, en Montevideo, una carta dirigida al presidente uruguayo Julio María Sanguinetti; le pedía ayuda para encontrar a su nieto, o nieta, nacido, o nacida, en el Hospital

Militar del Uruguay. Acompañados por algunos militantes de los derechos humanos, Juan y su mujer, María Lamadrid, habían llevado adelante una investigación digna de las mejores novelas policiales inglesas. Había pruebas de que la nuera y su hijo o hija recién nacido habrían desaparecido en la margen uruguaya del río de la Plata.

Según las costumbres de esos años era muy probable que la nuera, María Claudia García Irureta Goyena, hubiera sido asesinada después de parir, pero era también muy probable que su bebé hubiera sido entregado, quién sabe a quién, como botín de guerra.

A principios de junio de 1999, el presidente prometió ocuparse personalmente del caso. Pasaron los meses, y nada. Cuando el poeta pidió, públicamente, una contestación, se desató una tormenta universal de solidaridad. Llovieron sobre Montevideo dos mil pedidos de respuesta, individuales o colectivos, firmados por escritores, artistas y científicos de veinte países. El presidente uruguayo ya no podía seguir callado. Su respuesta puede resumirse en la palabra Archívese. El presidente dijo que la averiguación solicitada requería “un milagro”, como si Juan Gelman hubiera acudido a la Virgen de Lourdes en vez de acudir al presidente de una república democrática, donde los militares deben obediencia al poder civil.

La verdad y la justicia ¿son un milagro en la democracia? ¿No tendrían que ser, más bien una costumbre? Ya el año anterior, el ministro de Cultura, había regresado contento desde París, según declaró a la prensa, porque había logrado que la expresión verdad y justicia fuera suprimida de una resolución oficial de la Unesco.

En el Uruguay rige una ley, confirmada por plebiscito, que impide castigar los crímenes de la dictadura (que el presidente, en su respuesta a Gelman, insiste en llamar “régimen de facto”), pero esa misma ley mandaba investigar tales crímenes, cosa que jamás se hizo. En lugar de exigirles que digan lo que saben, como sería su obligación legal, la autoridad rinde homenaje a los autores de esas hazañas contra la condición humana. Pocos días antes de que el presidente enviara, por fin, una respuesta que nada responde, el comandante en jefe del Ejército uruguayo ofreció un almuerzo de desagravio a los militares violadores de todos los derechos. Allí estaban los matarifes uruguayos de Orletti: el co-

ronel Jorge Nino Gavazzo y Manuel Cordero y otros oficiales, jubilados o en actividad, que ya llevan veinte años creyendo que hay tintorerías capaces de limpiarles el uniforme para siempre manchado.

Por fatalidad profesional, los poetas crean símbolos y generan metáforas, aunque no lo quieran ni los sepan. La búsqueda de Juan Gelman, que persigue el rastro de su nieto, o nieta, perdido o perdida en la niebla del terror militar y de la amnesia civil, simboliza muchas preguntas de mucha gente malherida por las dictaduras, y por la bochornosa herencia de las dictaduras, en los países latinoamericanos. Y el silencio del presidente uruguayo, que calla cuando calla y cuando habla también, es la metáfora que mejor define la impotencia de un sistema político que ya no tiene para ofrecer nada más que la mentira y el miedo.

En los años de las dictaduras militares que asolaron el Sur, Juan Gelman publicó un poema sobre Fernando Pessoa. El imaginaba que el gran poeta portugués escribía cartas al Uruguay, desde Lisboa: qué están haciendo del sur/decía/de mi Uruguay/decía. Y Juan también imaginaba que mañana van a llegar las cartas del portugués y barrerán la tristeza/mañana va a llegar el barco del portugués al puerto de Montevideo/siempre supo que entraba a ese puerto y se volvía más hermoso.

Ahora es Juan, el gran poeta argentino, quien escribe cartas al Uruguay. Pero éstas no son cartas imaginarias. Como todos los que buscan a sus perdidos, el sigue esperando la respuesta. ♦

E.G.

Palabras para olvidar el olvido

Ciudad de Goyana, Brasil, setiembre de 1987: dos recuperadores de basuras encuentran un tubo de metal abandonado en un solar. Lo rompen a martillazos, y descubren una piedra con luz blanca. La piedra mágica transpira luz, azulea al aire libre y hace resplandecer todo lo que toca.

Los dos hombres despedazan la luciérnaga de piedra y ofrecen pequeños fragmentos a sus vecinos. El que se frota la piel con ellos brilla en la noche. Todo el barrio es una lámpara. Los pobres, de repente ricos en luz, están de fiesta.

Al día siguiente los dos recogedores de residuos vomitan. Han comido mangos y nueces de coco: sin duda es esa la causa. Pero todo el barrio vomita, y todos se hinchan, mientras que un fuego interior les quema el cuerpo. La luz devora y mutila y mata; y se disemina, transportada por el viento, la lluvia, las moscas y los pájaros.

Fue la catástrofe nuclear más grande de la historia, después de la de Chernóbil. Muchos murieron, quién sabe cuántos; otros, mucho más numerosos, quedaron inútiles para siempre. En este barrio de las afueras de Goyana, nadie sabía lo que significa la palabra “radiactividad” y nadie había oído hablar nunca del cesium 137.

Ninguno de los responsables fue detenido. La clínica que arrojó a la basura el tubo de cesium continúa funcionando normalmente. América Latina es la tierra de las impunidades.

Chernóbil resuena cada día en los oídos del mundo. De Goyana no se habla nunca. América Latina es una información condenada al olvido. Meses después, Cuba acogió a los niños de Goyana afectados por la radiactividad y posteriormente los trató de forma gratuita. Esta noticia no mereció nunca el menor espacio en los grandes media, a pesar del hecho de que, como es sabido, las fábricas universales de opinión pública se preocupan permanentemente de Cuba.

Ciudad de México, setiembre de 1985: la tierra tiembla. Mil casas y edificios se hunden en menos de tres minutos. No se sabe, no se sabrá jamás, cuántos muertos ha provocado este instante de horror en la ciudad más grande y más frágil del mundo. Al principio, cuando empiezan a remover los escombros, el gobierno contaba cinco mil. A continuación, el silencio. Los primeros cadáveres rescatados, antes de ir a parar a la fosa común, tapizaban todo un campo de béisbol.

Las construcciones antiguas resistieron al temblor de tierra, los inmuebles recientes se derrumbaron como si no tuvieran cimientos; y, de hecho, carecían de ellos -sólo existían en los planos. Han pasado los años y los responsables permanecen en la impunidad: los empresarios que erigieron y vendieron los modernos castillos de arena, los funcionarios que autorizaron la construcción de rascacielos en la zona más peligrosa de la ciudad, los ingenieros que modificaron, mortalmente, los cálculos de los cimientos y su solidez, los inspectores que se enriquecieron cerrando los ojos. Los escombros han desaparecido. Como si nada hubiera pasado.

Finales de 1991, el semanario *The Economist* y el *New York Times* publican un memorándum interno del Banco Mundial firmado por uno de sus directores. El economista Laurence Summers, formado en Harvard reconoció ser su autor. Según este documento, el Banco Mundial debería estimular la deslocalización de las industrias contaminantes hacia los países menos desarrollados por tres razones: la lógica económica, que recomienda verter los residuos tóxicos en los países más pobres; los bajos niveles de polución de los países menos poblados; y el débil impacto del cáncer sobre las personas que mueren jóvenes.

Algunas voces se elevaron para protestar, porque estas cosas se hacen pero nunca se dicen, y la tecnocracia internacional se gana la vida cultivando sus eufemismos. Pero Laurence Summers no es un poeta surrealista, es un autor

que pertenece a la brillante escuela del realismo capitalista. Se convirtió luego en subsecretario de Estado del Tesoro, encargado de los asuntos internacionales en la administración Clinton.

Hace ya mucho tiempo que el Sur sirve de vertedero del Norte, de alivio de la suciedad nuclear e industrial. Y el memorándum de Summers no inventaba nada; incluía tanto la polución como la usura. Hace ya dieciséis siglos que San Ambrosio, padre y doctor de la Iglesia, prohibió la usura entre los cristianos y la autorizó contra los bárbaros. "Allí donde existe el derecho de guerra, declaraba el patriarca, existe el derecho de usura". En nuestros días, lo que es malo para el Norte, es bueno para el Sur, en razón del derecho de guerra de los que toman casi todo de los que no tienen casi nada. Esta guerra no declarada justifica cualquier cosa que suceda más allá de las murallas del orden y de la civilización. El reino de la impunidad comienza al sur de las riberas del Río Grande, de las orillas del Mediterráneo y de las cumbres del Himalaya.

Atraídas por los salarios enanos y la libertad de contaminar, algunas de las mayores empresas norteamericanas atravesaron la frontera de México en los últimos años. La ciudad-frontera de Matamoros es uno de los lugares en los que las consecuencias de estas deslocalizaciones saltan a la vista: el agua potable es mil veces más tóxica que en Estados Unidos. Según un reciente estudio del Texas Center for Policy Studies, el agua está seis mil veces más contaminada en estos lugares, donde se vierten los residuos de la Stepan Chemical, que la media norteamericana.

El físico brasileño Ennio Condotti ha subrayado que los países más ricos y potentes no pueden conservar ya sus elevadas tasas de crecimiento sin exportar la devastación hacia los territorios de los demás. Japón, por ejemplo, ya no fabrica aluminio. El aluminio se produce en países como Brasil, donde la energía es más barata y donde el medio ambiente sufre en silencio. Si el precio del aluminio tuviera que incluir su coste ecológico, esta industria malsana no tendría acceso a los mercados internacionales.

El sistema fabrica pobres

Colombia cultiva tulipanes para Holanda y rosas para Alemania. Empresas holandesas envían los bulbos de los tu-

lipanes a la sabana de Bogotá; empresas alemanas envían plantas de rosales a Boyacá. Cuando las flores han crecido en las inmensas plantaciones, Holanda recibe los tulípanes, Alemania las rosas y Colombia conserva sus bajos salarios, su tierra deteriorada por los fertilizantes y sus aguas usadas y envenenadas.

La socióloga colombiana María Cristina Salazar hizo una investigación sobre las consecuencias devastadoras de estos juegos florales de la era industrial: la sabana de Bogotá lleva camino de desecarse y de desaparecer; y los insecticidas y los abonos químicos, diseminados a gran escala, han hecho enfermar a los obreros y a las tierras de Boyacá.

Impunemente, la Bayer y la Dow Chemical producen y venden en América Latina fertilizantes y pesticidas prohibidos en Alemania y en Estados Unidos. Impunemente, Wolkswagen y Ford producen y venden automóviles sin los filtros que ya son obligatorios en Alemania y Estados Unidos. Más de doscientos insecticidas que figuran en la lista negra de la Organización Mundial de la Salud son utilizados habitualmente en Uruguay, uno de los países del mundo más afectados por el cáncer. Los habitantes de la ciudad de México tienen la tasa de plomo en la sangre más elevada; la leche de las indias que trabajan en las plantaciones de la costa de Guatemala es la más intoxicada del planeta.

Esta es la "lógica económica" que invoca el informe del Banco Mundial: esta es la "ley del beneficio" que el mundo de nuestro tiempo ha erigido en ley divina, y que reina impunemente.

Al pie de su altar, se ofrecen los sacrificios de la naturaleza y la dignidad humana. Nada nuevo. Después de cinco siglos, el desprecio por la vida humana se ha convertido en una costumbre. La impunidad se nutre de fatalidad. Hemos sido educados para creer que la desgracia es consecuencia del destino, como el tipo que, para obedecer a las leyes de la gravedad, se arrojó desde un décimo piso.

A la manera de esos edificios de México que se desplomaron con el temblor de tierra, la democracia latinoamericana ha visto hundirse sus cimientos. Unicamente la justicia habría podido aportar una base de apoyo sólida; pero, en lugar de justicia, tenemos una amnesia obligatoria. Todos los países latinoamericanos, después de las dictaduras militares y los años de sangre, de miseria y de miedo, han arrojado

agua bendita a la frente de los verdugos y los asesinos. Y no es sorprendente que los que elogian la impunidad en América Latina aplaudan a dos manos los procesos instruidos a los culpables de atentados contra los Derechos Humanos en la Europa del Este. En el Sur del mundo, el terrorismo de Estado es un mal necesario.

En el transcurso de los últimos treinta años, el foso que separa al Norte del Sur se ha ahondado. Habrá que inventar un diccionario nuevo para el próximo siglo. Lo que se denomina “democracia universal” no tiene prácticamente nada de democrático, al igual que el pretendido socialismo real no tenía prácticamente nada de socialista. Nunca la distribución de los panes y los peces fue tan antidemocrática; hay para todos, pero pocos son los que comen de ellos y los cuatro quintos de la humanidad deben pagar la factura del despilfarro de los “elegidos”. El orden de los poderosos, consagrado por la sociedad de consumo, transforma a los débiles en rehenes dominados por el miedo.

En América Latina vivimos tiempos de desmantelamiento del Estado. La hora de la verdad: a cada uno su deuda y cada cual en su sitio. El Estado no merece existir sino para pagar la deuda exterior y garantizar la paz social, lo que significa, en otras palabras: vigilar y castigar. Para evitar que los invisibles se conviertan en visibles, es necesario comprar armas y multiplicar las personas de uniforme, mientras que escasean los fondos públicos destinados a la educación, a la salud, a la vivienda, y desaparecen las ayudas para la compra de artículos de primera necesidad.

El sistema fabrica a los pobres y les declara la guerra. Multiplica el número de desesperados y de los presos. Las cárceles, sucursales del infierno, no alcanzan ya a contener a todos. En 1992 unas cincuenta rebeliones estallaron en las abarrotadas prisiones latinoamericanas. Estas revueltas terminaron con más de novecientos muertos, casi todos presos, casi todos matados a sangre fría. Los que restablecieron el orden recibieron felicitaciones.

Entre los muertos, algunos habían cometido crímenes que son juegos de niños comparados con las hazañas de más de un general condecorado. La mayor parte estaban condenados por robo, pecado irrisorio en comparación con los fraudes de los comerciantes y de los banqueros más opulentos o con las comisiones que perciben algunos po-

líticos cada vez que venden un trozo del país. Y eran numerosos los que se encontraban detenidos por error o con carácter preventivo.

Los amos del mundo han alcanzado en este fin de siglo un nivel deslumbrante de perfección, jamás igualado en la historia humana, en la tecnología de la información y la muerte. Nunca tan pequeño número alcanzó a manipular o a suprimir a un número tan grande. La dictadura electrónica garantiza la impunidad de la dictadura militar que las potencias dominantes ejercen a escala universal. Las más atroces acciones para humillar a la gente y violar la naturaleza no son más que formas de restablecer y confirmar al orden mundial amenazado. En el momento del sálvese quien pueda, la selección natural favorece a los más aptos. Los más aptos son los más fuertes, lo que poseen el monopolio de las armas y de la televisión; los consumidores de la sociedad de consumo que, impunemente, devoran la tierra y agujerean la capa de ozono en el cielo.

La Guerra del Golfo fue un espectáculo de televisión, el más grande y el más caro de la historia: un millón de extras, mil millones de dólares por día. Sadam Hussein, que era el niño mimado de Occidente, se convirtió súbitamente en Hitler por haber invadido Kuwait, y George Bush tomó la iniciativa para castigarle en nombre del mundo: "El mundo no puede esperar". El super-show provocó la muerte de millares de iraquíes, pero la televisión supo disimular las imágenes desagradables.

Escapado de un cuadro de Botero

Un año antes, Bush no se había convertido en Hitler cuando invadió Panamá, y no se castigó a sí mismo en nombre del mundo. Después de todo, Estados Unidos ya había invadido Panamá una veintena de veces a lo largo de este siglo, y la invasión número 21 fue televisada como una crónica de sucesos. Para atrapar al infiel Noriega, que había estado a sueldo de la CIA, Bush bombardeó los barrios más pobres de la ciudad de Panamá y, después de las bombas, situó en la zona al ejército más importante empleado desde la guerra de Vietnam. Cien cadáveres, contó la televisión. Quinientos, reconocieron en seguida las fuentes oficiales. Hoy se sabe ya que fueron millares.

Las tropas de ocupación fabricaron a un presidente, Guillermo Endara, en la base estadounidense de Fort Calyton. Pa-

sados los tres años, este personaje impresentable, escapado de un cuadro de Botero, convocó un plebiscito. Tres ciudadanos sobre cuatro votaron contra él. Su ilegitimidad no podía ser más escandalosa; pero la impunidad no gobernaría si no fuera sorda. (Aún aguantó dos años más en su trono).

El escritor norteamericano Bud Flakoll, sostiene que los telediaris y los culebrones se parecen cada vez más. El tráfico de drogas, que sirvió de coartada para la invasión de Panamá, sigue estando de moda como pretexto para violar la soberanía de América Latina. En los telediaris, como en los culebrones, hay buenos y malos, víctimas y verdugos. Colombia, por ejemplo, juega con frecuencia el papel de malo de la película; y el mercado consumidor el de la víctima inocente.

Pero el comercio de la droga, una industria de la muerte no menos virtuosa que la industria de armamento, no existiría si no estuviera estimulada por la prohibición y si el mercado no le otorgara su razón de ser. Los traficantes son los mejores alumnos de la escuela económica neoliberal: integrando mejor que nadie las leyes del mercado, suministran la oferta que la demanda necesita. El negocio más lucrativo del mundo es el resultado de un modo de vida que engendra la ansiedad, la soledad y el vértigo de una competencia sin piedad, en la que el éxito de unos supone el fracaso de los más.

En Colombia hubo en 1992 veintiséis mil asesinatos y dos mil secuestros. ¿Es que los colombianos son violentos por naturaleza, gentes de gatillo fácil, que los “violentólogos” deberían analizar al microscopio? ¿O quizá esta satánica violencia sería hija del desprecio y de la desesperación? ¿Por qué, cuando la economía crece, disminuye a las personas? Las contradicciones sociales en este país de ricos riquísimos y pobres paupérrimos, son más explosivas que las bombas que estallan diariamente en Medellín. Un gran número de crímenes son obra directa del terrorismo de Estado, que se nutre de la impunidad oficial y del silencio cómplice de los media dominantes. Las organizaciones de defensa de los Derechos del Hombre publicaron la lista detallada de los doscientos cincuenta jefes militares y cien oficiales de policía responsables de asesinatos, “desapariciones”, matanzas y torturas entre 1977 y 1991. Apenas diez de entre ellos fueron sancionados. Los demás siguieron mandando.

Ya no es necesario que el fin justifique los medios. A partir de ahora, los medios de comunicación de masas, los media , justifican los fines. La injusticia social se reduce a un asunto de la policía. Las comunidades de individuos no constituyen ya pueblos sino sociedades de consumo, y el consumo está prohibido al 80% de la humanidad. El orden mundial depende de la aplicación implacable de las tecnologías de represión y olvido, y la máscara de impunidad que le disimula el rostro, está tejida con los hilos de la impotencia y la resignación. Pero hay una amenaza latente en cada una de las víctimas de este sistema que tiene que combatir las consecuencias de sus propios actos. En plena euforia, en el momento de celebrar la aniquilación de sus adversarios, el sistema no puede ignorar que permanece condenado a engendrar interminablemente a sus propios enemigos... ♦

E.G.

Libros publicados por la Editorial Aún Creemos en los Sueños

Viajes
Clases medias
Un escritor un país
Globalización y medioambiente
Recursos naturales
Las izquierdas en el mundo
Hervé Kempf
Empleo doméstico
Cárceles
¿Un planeta sobrepoblado?
Crónicas de Luis Sepúlveda
Agrobiodiversidad
Ecuador. La revolución ciudadana
CUBA. ¿Hacia dónde va la transición?
Le Monde Diplomatique. Más que un periódico
Política y dinero. En Chile y el mundo
¿Qué Bicentenario?
Piñera. Ciudadanía versus gerentes
Democracia electrónica. ¿Qué desafíos para A. Latina?
Luis Sepúlveda. Asalto a mano santa
Epidemias y Pandemias
El Decrecimiento
La identidad judía
La prensa
Extraterrestres
Narcotráfico
El aborto
Las nuevas potencias
Palestina-Israel
La Crisis del Siglo por Ignacio Ramonet
Alimentos y comida chatarra
Pensamiento crítico latinoamericano - Cuadernos CLACSO
El Blog de Luis Sepúlveda
Medicamentos: ¿Derecho o mercancía?
Los calzoncillos de Carolina Huechuraba por Luis Sepúlveda
La condición animal
¿Un mundo sin petróleo?
El Vaticano
Foros Sociales altermundialistas
El mundo en la Nueva era imperial por Ignacio Ramonet
A treinta años... Aún Creemos en los Sueños
Salvar el Planeta
Porto Alegre: la ciudadanía en marcha



Este libro se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2012
en LOM Ediciones
Concha y Toro 23 - Santiago centro - Chile